

Hira de Gortari y
Roberto Sandoval

10. Producción y clase obrera en el siglo XIX

I. *Introducción*

La primera cuestión que surge al plantearse el asunto de la periodización en el siglo XIX es deslindar, por una parte, la concepción imperante hasta la fecha sobre nuestro siglo pasado y, por otra, tener presente los criterios que se han utilizado para distinguir el periodo.

El siglo XIX ha sido considerado durante mucho tiempo como una etapa de "anarquía", punto de vista que se acompaña de una fuerte dosis ideológica y que al mismo tiempo, es la distinción de una etapa de la historia contemplada exclusivamente con criterios políticos estrechos; porque si revisáramos —¡y urge hacerlo!— con mayor rigor qué hay atrás de tal anarquía —en una revisión rápida y de ninguna manera fruto de una investigación sistemática—, en realidad se apreciaría un periodo de intensa lucha política y social, acompañada de intereses de clase y grupos definidos. Este supuesto caso sirve como velo para justificar un tipo de visión histórica que distingue etapas de orden y anarquía, y que opone esta última a lo que sería la estabilidad (léase "progreso") y negaría como parte del proceso histórico.

Consideramos que seguir manteniendo esta idea acerca del siglo XIX cierra las puertas de cualquier intento de investigación y periodización. Pareciera según esto que el siglo pasado es ya un expediente cerrado, y tan así ha sido que, paradójicamente, conocemos mejor la etapa colonial.

Intentar una nueva visión del periodo supone romper drásticamente con estas ideas y hace necesario buscar otros criterios para abordarlo. La historia económica y social ha profundizado hasta hace muy poco en estos años, pero los primeros resultados hacen ver que la época no era ni fue una etapa de desorden y anarquía constante, por el contrario, podemos encontrar que la estructura socioeconómica sufrió modificaciones importantes; que la actividad productiva mantuvo un ritmo; etcétera.

El enfoque de la historia económica y social exige otras formas de tratar el problema, pues ya no es posible aceptar la conceptualización meramente política; por tanto se necesita el planteamiento de una nueva periodización que responda a otros criterios. Evidentemente, proponer y buscar caminos dife-

* UAM Iztapalapa.

** Departamento de Investigación Histórica, UAM.

rentes significa partir de otra concepción de la historia, en la que los problemas analizados sean de otra índole. Básicamente, supone considerar a la historia como una disciplina preocupada por el estudio de las sociedades a través del tiempo, y esto implica romper con la historia fáctica y de individuos. El enfoque mencionado presupone encontrar los mecanismos, las explicaciones que permitan dilucidar: ¿Cómo se organiza una sociedad?; ¿Cuál es el papel y la actividad de los diferentes grupos y clases?; ¿Cómo y por qué una sociedad cambia, se estanca?, etcétera.

Los aspectos señalados anteriormente son el objetivo general, sin embargo, en la práctica habrá que buscar los caminos adecuados para explicarlos. Así el papel de la producción y la relación los grupos y clases constituye una alternativa central del análisis, de ahí nuestro tema "Producción y clase obrera en el siglo XIX".

Por otra parte, en la medida en que la periodización que sugerimos se basa obviamente en los conocimientos adquiridos, esto constituye una limitación básica a las proposiciones que a continuación haremos.

La falta de estudios suficientes sobre la producción manufacturera y la clase obrera en el siglo XIX es un serio impedimento para llegar a establecer una periodización suficientemente sólida. Con respecto a la primera, se carece hasta la fecha de un trabajo en conjunto. Existen solamente investigaciones importantes para ciertos periodos o determinados sectores de la producción, en los que predominan temas como el capital y la producción, y en mayor medida el trabajo.

Dada la carencia de tales estudios, es urgente, por tanto, no solamente abordar la cuestión en este lapso de tiempo, sino también revisar toda una serie de problemas que se relacionan con la producción en su conjunto; entre otros asuntos, el de conocer los ritmos de la producción, el tipo de manufacturas elaboradas, los cambios y modificaciones en éstas, el grado de desarrollo técnico, su localización e importancia regional, el origen y cuantificación en la inversión, etcétera.

Por todo ello y en tanto no contemos con una visión de conjunto de la problemática mencionada, la explicación que se pueda dar al desarrollo de la manufactura y a la formación de la clase obrera, así como el intento de periodizar dicho proceso serán hipótesis de trabajo, en gran medida.

Por otra parte, en general han predominado en el medio histórico mexicano al igual que en otros países, los estudios sobre el movimiento obrero desde el siglo XIX elaborados por militantes y simpatizantes y, no es sino hasta fechas recientes, que la problemática obrera se ha convertido en asunto de interés y de trabajo académico; valga la pena advertir, que el hecho de este paso, no implica que sean descalificados los primeros trabajos, pues en gran medida las aportaciones de los viejos militantes son y seguirán siendo una fuente básica de estudio.

Para la periodización que proponemos, sin embargo, se hace necesario establecer algunas reservas:

1. En general, el estudio del movimiento obrero se ha consagrado a los dirigentes casi exclusivamente o, en el mejor de los casos, a los militantes, y ha dejado fuera a la gran mayoría de la base social de dichos movimientos así como desconocido completamente su composición.

2. Los trabajos sobre movimiento obrero se han dedicado, sobre todo, al estudio de las ideologías y los cambios en éstas; incluso en ocasiones, hasta con una cierta tendencia al mecanicismo, en tanto se descubren etapas cada vez más "evolucionadas", pero establecidas sin rigor, o sea en forma casi lineal.

3. Aún dentro del análisis propiamente del movimiento obrero, se ha descuidado el estudio de las organizaciones mismas, su funcionamiento, su vida interna y la composición social de sus miembros.

4. La práctica más o menos generalizada de distinguir entre organizaciones "reformistas" y "revolucionarias" ha dado lugar a preferencias y, consecuentemente, al desconocimiento de las primeras, como sería el caso de las sociedades mutualistas y cooperativistas.

5. Se carece de un estudio que permita conocer la relación entre el movimiento obrero y las diferentes fases de la economía del siglo XIX. Es decir, trabajos sobre movilidad en el trabajo, especialización, desocupación, subempleo y formas de lucha y organización (estudios de coyuntura).

En resumen, se desprende que la periodización de los estudios del movimiento obrero, es aún bastante precaria, pero tampoco puede ser el único punto de partida en relación con la problemática que nos sugiere el estudio de la clase y su relación con la producción. Consideramos que el intento por establecer nuevos criterios será de utilidad para revisar incluso, la periodización en el ámbito del movimiento obrero.

Al entrar al terreno propiamente de la periodización, surge una primera inquietud; cuando se pide periodizar el siglo XIX, ¿no estamos en realidad haciendo una primera periodización elaborada de antemano? Ya que consideramos que los cien años que conforman el siglo XIX no sólo forman parte del asunto que nos ocupa, sino que son una convención cronológica.

La historia del siglo pasado, por decirlo de alguna manera, no empieza —así parezca un tanto paradójico— en el propio siglo, ni siquiera con la consumación de la Independencia; pero tampoco finaliza en los últimos años, es decir en 1899. La historia del siglo XIX en realidad se inicia en la etapa colonial y, para ser estrictos, una parte importante del periodo llamado nacional forma parte y tiene una relación fundamental con la estructura socio-económica novohispana, particularmente con el periodo de la Casa de los Borbones. Por otro lado, no es sino hasta 1907 que se puede dar por terminado el siglo XIX. Entonces empezaríamos por ampliar nuestro horizonte cronológico en relación con el periodo acordado originalmente.

Planteamientos generales

Si pudiéramos representar gráficamente las pautas del desarrollo industrial en el curso del siglo XIX, difícilmente se podría significar una evolución lineal, antes bien, hallaríamos rupturas y zigzagueos en una multitud de líneas; sólo una rama tendría continuidad en todo el espacio de coordenadas: la industria textil. A partir de 1880, esta última industria se integra de manera compleja con una estructura industrial aunque se destaca, a diferencia del periodo anterior, la aparición de un sector productor de bienes de producción que de todos modos sigue careciendo de una producción de máquinas: es la hora de la división internacional del trabajo en su época imperialista.

Este último fenómeno implicará ahora la superación de la invasión de mercancías por parte de la penetración de capitales. La inversión extranjera se estableció en la mayoría de los sectores productivos y llegó a dominar hasta las dos terceras partes de la inversión global a fines del siglo XIX.

La industrialización de México, como en cualquier país de la periferia capitalista, se desarrolla de manera relativa e inversa al desarrollo industrial de las metrópolis. La protección y el prohibicionismo o libre-cambio es una lucha que persistió más de medio siglo de la historia mexicana. Ciertamente durante toda una etapa éstos serían los parámetros que expresaban el peso abrumador de la revolución industrial y de la lucha mundial por los mercados.

Una constante estructural para todo el periodo fue la supervivencia del sector artesanal: ya sea en los gremios y cofradías coloniales o en los talleres y mutualidades del Porfiriato, de principio a fin del siglo, los artesanos protagonizaron la historia como soldados de la revolución de Independencia, al asaltar el Parián en 1820 o en los ejércitos revolucionarios y en las sectas anarcosindicalistas del siglo XX. Se resistían tenazmente a la proletarianización y al pauperismo, en todo caso, fueron el signo vital de una débil y heterogénea industrialización.

Por su parte la industria fabril capitalista siguió un desarrollo más complejo. Reduciendo el análisis a sus tendencias generales, podríamos trazar el siguiente cuadro:

1. El siglo XIX constituye el periodo en que el capitalismo industrial se convierte en el dominante del conjunto de la economía. Sin embargo, el sector manufacturero se sostiene básicamente sobre producción de bienes de consumo no duradero (alimentos, textiles, etcétera), y su expansión capitalista corresponde estrictamente al último cuarto del siglo XIX.

2. Hay dos etapas de crecimiento industrial que plantean el problema de la formación y transición al capital industrial: el primero corresponde al final del siglo XVIII y del dominio colonial español; el segundo momento se da con la industrialización fabril de 1830-1845 (con el Banco de Avío y la Dirección General de Industria).

3. El tercer momento, a partir de la séptima década del siglo XIX, abre un

proceso sostenido de acumulación de capital y corresponde al proceso de integración del mercado y de la economía monopólica a escala mundial.

Enseguida desarrollaremos las hipótesis globales sobre estos tres momentos y concluiremos, al final, marcando las líneas generales en el desarrollo de la clase obrera.

Industrialización subsidiaria: obrajes y artesanos

En el último cuarto de siglo, Nueva España conoció un crecimiento sorprendente de la producción mercantil. En ese proceso, la industria textil se encadenó al ascenso; ya anteriormente la integración subsidiaria de la industria permitía su articulación con una organización productiva que se vertebraba en los circuitos de salida del excedente colonial.

La tercera etapa comprendería los años de 1870 a 1907, aproximadamente. Básicamente se distinguiría por un crecimiento importante de la industria de transformación y de la fuerza de trabajo. El incremento de la producción está ligado estrechamente al desarrollo del mercado interno, en gran medida estimulado por la especialización de la economía en la exportación de productos minerales y agrícolas, como parte de la división internacional del trabajo.

El núcleo de trabajadores fabriles que tuvo un crecimiento numérico importante, fue sometido durante estos años a una intensa explotación, fenómenos que significará un decremento importante del nivel de salarios y una intensificación de la jornada de trabajo.

Es importante señalar, que durante este periodo, el conjunto de artesanos sufrió los embates de la producción industrial y en algunos sectores fue desplazado, sin embargo, en otros por el contrario, se complementó y articuló con la producción fabril.

La Corona española administraba su política "industrial" con gran pragmatismo, ya que alternaba sabiamente prohibición y restricciones con estímulos y protección a las "industrias internas". En ausencia de un mercado libre de trabajo bastaba cumplir con la legislación protectora de los indios o hacer cumplir con las normas monopólicas de los gremios, para controlar en sus justos límites el desarrollo industrial de la colonia. A fines del siglo XVIII se crea una coyuntura singular, pues las guerras napoleónicas y la situación crítica de España crean una protección natural del mercado interior (o de los mercados) y la producción industrial crece con un impulso sin precedentes.

Sin embargo, el desarrollo industrial no era homogéneo, pues no sólo tenía cierta localización territorial, sino que la naturaleza de su producción era diversa, en una primera aproximación, podríamos señalar dos unidades de producción: el obraje lanero y el taller artesanal algodnero. Al final, ambas serían reductibles a un solo fenómeno histórico; el de la imposibilidad de su metamorfosis capitalista.

Al terminar el siglo XVIII se consigna la existencia de 39 obrajes en el reino, de los cuales 31 se encontraban en el entorno del bajo —Querétaro tenía 20.

Hoy se sabe con más o menos exactitud que la concentración manufacturera del obraje se sostenía por el trabajo forzado. En los obrajes de Querétaro, al terminar el siglo XVIII, se informa que 2 000 trabajadores están cerrados, de poco más de 3 000 operarios; lo mismo parecía suceder en los dos obrajes de Puebla. Por otra parte, la organización manufacturera del obraje por sí sola revolucionó la capacidad productiva del trabajo, tanto de los textiles prehispánicos como la del mismo artesano.

El obraje operaba en el marco de un circuito productivo más amplio, se encontraba como unidad terminal del latifundio ganadero o como un polo que aseguraba el mercado a través de vínculos y articulaciones con el capital comercial o con el capital usurario, o bien con la burocracia y el ejército colonial.

En el curso de tres décadas (1780-1910), no se conoce de algún propietario que mantuviera la propiedad patrimonial del obraje ininterrumpidamente. Al contrario, lo común son los traspasos. Todas esas transferencias, sin embargo, se dan en el radio de un segmento oligárquico: hacendados, comerciantes, burócratas y funcionarios. Esto explica que prácticamente no encontremos propietarios sino "fabricantes".

A fines del siglo, mientras en Querétaro se incrementa el número de obrajes y telares en operación, Puebla asiste a la extinción del obraje y al aumento, también ostensible, de los pequeños talleres textiles de algodón: a fines del siglo XVII había 10 talleres, con no más de cien telares en total; un siglo después, había más de mil telares; y se calcula que aproximadamente 25 000 personas vivían de hilar y tejer el algodón.

La configuración espacial del desarrollo industrial en este periodo se mueve claramente en dos ejes: tanto la forma manufacturera, con cooperación compleja del trabajo que se podría restringir a la zona centro-oeste, y más precisamente en el entorno del Bajío; como la forma del taller artesanal que tiene su asiento, sobre todo, en la ciudad de Puebla y México.

El obraje se enfrentaba a problemas de reproducción. Internamente tenía dificultades para incrementar el excedente dada la rígida productividad del trabajo y el alza creciente en los precios de la lana. Sostenía la exacción del plusvalor sobre el *desfalco* de la fuerza de trabajo forzada: la intensificación de la jornada se arrancaba con "palos y grilletes". Así, el excedente dependía de una acelerada rotación de la masa de trabajo social. Por otra parte, dado que el obrajero se enfrentaba a la escasez de la mano de obra, el trabajo forzado, al mismo tiempo que le resolvía este problema, le permitía ahorrar o evitar la monetarización de una porción de sus "costos". A fin de cuentas, la sociedad colonial sancionaba la calidad estamental inferior de los indios y castas, o legitimaba el ostracismo de reos y presidiarios.

Al finalizar la dominación colonial, en 1805 y luego a partir de 1810, los motines son seguidos por fugas y cierres de los obrajes; a excepción de uno que otro obraje siguiera funcionando, sigilosa y lánguidamente, durante el siglo XIX, había llegado el fin. Esto no sucedió con los talleres de artesanos que fueron despojados provisionalmente de la camisa de fuerza corporativa gremial —aunque al final del siglo XVIII, no era éste su principal obstáculo.

En el mismo periodo hay suficientes evidencias para hablar de un dominio casi absoluto del capital comercial sobre la producción artesanal, sobre todo en Puebla. Ahí el sistema de trabajo a domicilio, en manos de los comerciantes, recortaba el excedente no sólo por concepto de habilitación, sino de compras oligopsónicas.

La ausencia de un mercado integrado retardaba el ciclo de rotación de mercancías y limitaba su circuito de circulación. Esto favorecía la concentración de capital-dinero en manos de quienes se hacían cargo de la habilitación y compra-venta de mercancías, es decir, los comerciantes. Eran la intermediación inevitable entre la producción mercantil y los circuitos de realización. En el caso de Puebla, se trata de la vía más conservadora de desarrollo capitalista, ya que el capital comercial no sólo medra a costa del taller artesanal sin revolucionarlo, sino que impide, incluso, su reproducción simple. Ésta será la causa principal de la fragilidad con que se enfrentarán a la postre, con la importación de los tejidos ingleses: el resultado es conocido, esos talleres fueron barridos. Tendrá que pasar más de una década para que se empiece a rearticular esta producción.

El final de la colonia encontró dos vías de crecimiento de la producción de mercancías industriales que llegaron al final de sus posibilidades de reproducción; estaban impedidas para transitar hacia formas industriales capitalistas. Las causas son diversas pero la consecuencia fue una y sus elementos más importantes consistían en la ausencia de un mercado de trabajo libre —que en todo caso sólo indicaba la específica articulación del trabajo social con respecto a la tierra y a los polos y circuitos de la producción colonial—, y la apropiación improductiva del grueso del excedente social por parte del capital comercial. Esto ponía, sin duda, un cerco a las posibilidades de acumulación capitalista. Más tarde, al iniciarse el siglo XIX, la debilidad estructural relativa del sector industrial interno favorecería la inundación de tejidos ingleses.

Por otra parte, ambas formas de producción compartían el carácter industrial precapitalista de una cierta rigidez en su oferta (Kula W., 1974: 98) y, sobre todo, de encontrarse frente a un mercado inflexible de lana y algodón, que incluso tendía a subir los precios. Aquí la renta de la tierra y la ganancia comercial se encargaban de pedir su parte.

En la segunda década del siglo XIX, se hace visible un proceso de reconstitución de la producción artesanal que proseguirá por lo menos durante treinta años más. Esto se hará visible sobre todo a partir de 1823, con los debates parlamentarios que abren la posibilidad de abrir el mercado externo. La producción artesanal parece haber adquirido autonomía del capital comercial debido a la descomposición —a causa de la guerra de Independencia— de los canales de circulación. En todo caso, previo a la industrialización que abre el Banco de Avío, el interregno de 1810-1830 tuvo en los artesanos a su protagonista central.

Industrialización sin revolución industrial

Del Banco de Avío a la apertura de Aduanas a mediados del siglo XIX se procesa una situación industrial distinta sustancialmente de la precedente: la producción textil se hace desde unidades de gran industria. A mediados de siglo, hay más de 50 grandes fábricas (sobre todo hilados de algodón) que producen alrededor de 10 millones de pesos anuales y emplean casi diez mil obreros.

La industrialización de este periodo se impulsó deliberadamente mediante un apoyo directo del Estado por la vía del financiamiento de avío y los aranceles prohibitivos a la importación. Los industriales de este periodo militaron en el llamado "Bloque del Algodón", que era la alianza entre artesanos, fabricantes y agricultores para cerrar el sector externo a la importación de hilados, tejidos y algodón. A la larga, el costo de la alianza con los agricultores de algodón cargó con el costo de la renta de la tierra y la especulación del capital usurario para importar algodón o subir arbitrariamente los precios.

La fragilidad de la industria nacional era patente y la lucha entre protección y libre cambio sólo expresaba el temor a la expansión mercantil de los países centrales. Esteban de Antuñano calculaba en este periodo que los precios de las mantas inglesas en México eran 10 ó 20 por ciento más baratas que las nacionales.

Otro punto notable es que la instalación de plantas industriales no era resultado de una integración de capitales provenientes de la producción industrial y ni siquiera de otros sectores como la agricultura o minería, sino del comercio y la usura; ya que contrataban modernas máquinas inglesas y francesas con casas vendedoras. Esta industria, pues, no fue resultado de una maduración interna sino de una articulación del capital-dinero interno con un proceso de expansión técnica e industrial a nivel mundial.

Famosos agiotistas como Antonio Escandón, Martínez del Río, Antonio Garay y Cayetano Rubio, así como otros "distinguidos comerciantes" llegaron a ser propietarios de varias fábricas por medio de deudas y garantías hipotecarias, aunque no tardaron mucho en deshacerse de ellas. Otros políticos como Lucas Alamán o un verdadero industrial como Antuñano no trascendieron como empresarios al cabo de dos o tres décadas. Se puede decir que la genealogía de los empresarios de mediados del siglo XIX se interrumpió; serían otros los capitales que guiarían la expansión a fines del siglo.

Es muy común suponer que la industrialización generó el desplazamiento de los artesanos, aunque sólo relativamente. En 1845, se calculan en la industria textil 10 000 obreros; en el mismo periodo se consignan 214 000 trabajadores que vivían de los hilados y tejidos de algodón. Al parecer, la producción fabril es todavía una pequeña isla en lo que se refiere a fuerza de trabajo social.

Sabemos que la mecanización fabril, como en Inglaterra, avanzó sobre todo en los hilados de algodón; esto permitía que incluso las fábricas más modernas como "Cocolapan" y "La Constancia" organizaran una distribución de hilaza

a telares domésticos y artesanales en Orizaba y Puebla. Por otra parte, también sabemos que la industria tejía sólo una porción de lo que hilaba. Por lo visto la industria no sólo era incapaz de desplazar la producción artesanal, cosa que sí sucedió en algunas ciudades, sino que debía desarrollar una especie de integración vertical con los artesanos.

Quizá la ausencia de su constitución como clase por parte de los trabajadores industriales, salvo alguna huelga aislada en el periodo, se debe a que su lugar en la escala de salarios ocupaba un lugar relativamente privilegiado. Antuñano calcula un ingreso de 4 reales diarios frente a 2 reales en el campo y se habla de que los artesanos manteros ganan entre 6 y 8 reales. Sea como fuere, los salarios de estos operarios en el curso de los últimos cincuenta años parecen haberse duplicado.

Los principales obstáculos de la acumulación capitalista en este periodo se relacionan con varios puntos. Por una parte, los límites de un mercado desintegrado que prácticamente cercaba a la gran industria en radios locales y regionales muy restringidos. Basta hacer una revisión de las fábricas para percatarse de ello. Por otra, los altos costos de la importación de tecnología y las fluctuaciones exageradas en los precios de algodón así como en su misma oferta creaban una frágil estructura industrial. Es cierto que las ganancias industriales, entre 16 y 30 por ciento, no estaban aseguradas a un largo plazo: la guerra civil de Reforma, la apertura del mercado externo y la restricción del mercado explican sin duda la dinámica de reproducción simple de la industria en este periodo.

1870-1907

La tercera etapa que nos interesa destacar se sitúa, para la cronología política —casi totalmente—, dentro de la etapa porfirista. Aparte de las características que indudablemente tiene tal periodo, en tanto régimen político, se deben agregar una serie de elementos estructurales que lo definen y le dan una coherencia interna. Estos rasgos nos permiten tratar a dicha época como una etapa definida.

La economía y la sociedad porfirista estuvo determinada en gran medida por sus vínculos con la economía internacional, a partir de la división internacional del trabajo. El sector de exportación, principalmente la minería y la agricultura comercial, se convirtieron en puntales del crecimiento.

En la etapa de desarrollo en que se encontraban los países capitalistas, éstos requerían de productos primarios y, por otra parte, en lugar de utilizar a los países periféricos como mercado para sus bienes manufacturados, al disponer de capitales y técnicas modifican, considerablemente, el tipo de intercambios con aquéllos, pues interesaba ahora invertir y vender bienes de capital. En la economía mexicana de estos años, son palpables estos cambios, tanto un acelerado crecimiento de los productos primarios de exportación, así como la llegada e inversión de capitales en minería, ferrocarriles, energía y banca.

Precisamente el cambio en las relaciones capitalistas internacionales, y el interés por invertir y poner en marcha ciertos sectores para la exportación dejó un campo importante para la inversión interna. Éste fue el de la industria de transformación, destinada básicamente al mercado interno.

El crecimiento de la industria de transformación estuvo vinculado estrechamente a las posibilidades de consumo de la población nacional. El ensanchamiento del mercado contribuyó a su expansión, gracias a la especialización de la economía, el rompimiento gradual de las barreras proteccionistas, la construcción de una red ferrocarrilera, la mercantilización de importantes sectores rurales, el crecimiento y desarrollo de las ciudades, etcétera; todos ellos fueron pasos sólidos en la formación de mercados regionales y nacionales en algunos casos.

Muestra de la importancia que adquirió la industria de transformación fue el incremento del valor agregado entre 1877-78 y 1910-11, al pasar de 75 a 204 millones de pesos (en pesos de 1900-01). Esto significó un incremento medio anual de casi 3 por ciento mensual. En los años que van de 1895 a 1910, dentro del crecimiento del producto interno bruto, la tasa media anual de este sector fue de 4.9 por ciento, superior al crecimiento total y, por encima de la agricultura, sólo inferior al comercio o a la minería.

En el desarrollo de la industria de transformación se pueden distinguir varias etapas:

1. La primera se inicia en los últimos años de la década de los setenta hasta finales de los ochenta. Se caracteriza, en primer término, por la instauración de un régimen que recuperaba paulatinamente el control del territorio nacional al ir controlando y anulando a las fuerzas sociales y políticas que impedían el funcionamiento de un régimen central. En la medida que se sentaron las bases para un funcionamiento más o menos estable de la sociedad, las posibilidades fueron mayores para desarrollar un mercado interno y, consiguientemente, para estimular el crecimiento de la industria; con este proyecto se inició y construyó, en gran parte, la red ferrocarrilera, que fue una ventaja sustancial. Por último, en esta etapa el incremento de los trabajadores fabriles fue uno de los medios para intensificar la producción, y no las inversiones, hasta entonces escasas.

2. Es posible distinguir una segunda etapa que va desde el inicio de los años noventa hasta la fase depresiva de la economía nacional, situada entre 1906-1907. Sin duda, durante estos años, el control ejercido por el régimen era lo suficientemente efectivo para permitir que el mercado se ampliara. Al mismo tiempo, la intensificación de las exportaciones mexicanas aseguraba un consumo interno cada vez más importante para los productos de transformación. Durante estos años, es que la inversión y renovación de maquinaria en la industria de transformación tuvo una importancia considerable. La inversión en maquinaria y el incremento de la capacidad instalada influyeron decisivamente en la mayor concentración de obreros por planta y, al mismo tiempo, en algunos sectores significó la sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria.

3. La tercera etapa abarcó a partir de los años 1906-1907 hasta finales del régimen porfirista (y posiblemente durante todos los años de la guerra civil). En esta época, la economía porfirista en su conjunto sufrió los embates de las crisis económicas internas (textil en 1901, monetaria 1904-1906) y las de recesiones internacionales (1900, 1906 y 1908) y, de esta forma, reveló internamente las debilidades del modelo de crecimiento trazado por el régimen porfirista. Es durante estos años que el control y la "paz social" se resquebrajaron ante las protestas y violencia ejercidas entre diferentes sectores de la población, principalmente los trabajadores expuestos a la crisis, la desocupación y la asfixia política.

La industria de transformación porfirista se caracterizó por ser un sector básicamente productor de artículos para el consumo. En 1902, un 69 por ciento de los establecimientos considerados como fabriles se dedicaban a la producción de alimentos y bebidas; un poco más del 5 por ciento de ellos eran consagrados al vestido y accesorios (incluyendo textiles, es decir el 75 por ciento), mientras que el resto se repartía en materiales para la construcción y productos químicos.* Los sectores de mayor importancia por su valor fueron los textiles, el tabaco, los alcoholes y derivados del azúcar. En cuanto al valor agregado, proporcionaron más del 50 por ciento. Para principios del siglo xx, la industria siderúrgica se instaló en Monterrey; esto significó un cambio cualitativo más, en la medida que su aportación fue reducida. Sin embargo es un índice de cambios importantes en la industria de transformación (Rosenzweig. La industria).

Un problema de gran importancia en la industria de transformación fue la magnitud y concentración tanto de capital como de fuerza de trabajo en las plantas instaladas. Un rasgo característico fue la concentración de la producción en sectores como el de los textiles y el tabaco. Ésta se acentuó a partir de la década de los noventa, cuando en los sectores mencionados se dio la renovación de maquinaria, el uso de fuentes de energía como la electricidad y, por último, el establecimiento de sociedades anónimas; lo que permitió ampliar la disponibilidad de capital en dichas empresas.

En el caso de los textiles, es importante percibir las altas y bajas en la producción con relación a los niveles de ocupación de la fuerza de trabajo. De tal forma, en esta rama se pueden diferenciar tres etapas de expansión:

1a. La que transcurre de finales de los ochenta y durante gran parte de los noventa;

2a. Los años de 1902-1903, y

3a. Los años de 1906-1907. Durante estos periodos, hay un considerable nivel de ocupación, junto a una bonanza que permitió fomentar la inversión para incrementar la capacidad instalada, de esta forma, creció la producción en forma importante.

* Metales, cuero, papel y transporte Peñafiel, *Estadística Industrial*, 1902.

En contrapartida, los años de dificultades para la industria textil fueron en 1885, a fines de la década de los noventa, y a partir de 1907. Años que se caracterizaron por la sobreproducción o la parálisis de gran número de establecimientos. Los observadores de la época definían las dificultades de la rama textil como un claro síntoma de la situación que atravesaba la mayoría del país; o sea, la tendencia general a la reducción del poder adquisitivo, aunado a las dificultades cada vez mayores en la provisión de productos alimenticios, que encarecían enormemente los precios para el consumo interno; de ahí la disminución considerable en la adquisición de artículos, sin duda, menos prioritarios como era el caso de los textiles.

Es importante señalar que la existencia y desarrollo de una planta industrial no supuso —como algunos afirman— la desaparición de los talleres artesanales en forma masiva y definitiva. El problema es más complejo, ya que en realidad durante este periodo sí es claro que en ciertas ramas, las de mayor concentración (por ejemplo, tabaco y textiles), provocó la desocupación y aniquilación de numerosos trabajadores artesanales; pero tal proceso no fue ni total ni definitivo, ya que los grandes establecimientos requerían del trabajo complementario de los artesanos. Esto puede apreciarse claramente, dada su importancia numérica en el sector del vestido. En realidad, lo que debe quedar claramente asentado es que la industria de transformación porfirista se complementó y articuló con los talleres artesanales.

En el caso de la energía y fuerza de trabajo ocupada por fábrica, los datos de Antonio Peñafiel, para el año de 1902, son elocuentes. Por una parte, muestran un sinnúmero de centros cuyo promedio medio era de diecinueve obreros por establecimiento; lo que constituye una muestra de la proliferación de "pequeñas fábricas", a lo que se puede añadir el promedio de energía utilizada por unidad, que era de diecinueve caballos de fuerza. Ambos promedios son un índice significativo del reducido capital fijo y del número de obreros ocupados en la mayoría de las unidades productivas, lo que contrasta con las grandes empresas que acumulaban varios cientos de obreros y de caballos de fuerza.

En cuanto a la distribución espacial de la industria de transformación, en tanto que ésta dependía del mercado interno, es importante precisar que la inmensa mayoría de los establecimientos estaban localizados cerca de los centros de consumo. Éstos, en su mayoría, tenían pocas posibilidades de operar más allá del mercado regional, dada su baja escala de capital; aun en aquéllos que carecían de materias primas y recursos energéticos, la disponibilidad de un mercado cercano fue determinante (Rosenzweig, p. 389). Un caso representativo de esto fue la ciudad de México, que no contaba ni con materias primas, ni con recursos energéticos abundantes, pero sí con fuerza de trabajo, que aseguraba un mercado amplio, y favorecía la inversión y la concentración de capital.

En términos generales podemos afirmar que la industria se encontraba en cualquier ciudad donde el mercado estuviera asegurado. Sin embargo, el tipo, la escala y la magnitud de los establecimientos variaba de una ciudad a

otra. La zona central fue la de mayor número de establecimientos fabriles, sin duda por ser la parte más poblada del país, además de ser la zona mejor comunicada. Por su parte, la región del Golfo, particularmente Orizaba, se convirtió en uno de los centros textiles más importantes del país. Aquí igualmente las comunicaciones tuvieron importancia, así como las disponibilidades de energía, y la red de comunicaciones, que hicieron de Monterrey, en el norte, la sede de la industria siderúrgica del país. En cambio, la zona del Pacífico y del Sur del país fueron zonas con una importancia relativamente menor.

La fuerza de trabajo fabril

El análisis de la fuerza de trabajo fabril se dificulta por la falta de información suficiente a escala nacional; en realidad, la única fuente a este nivel, de la cual disponemos, son los censos de población practicados a partir de 1895. En éstos, las distinciones entre los diferentes componentes de la población son en algunos casos extremadamente vagos. En el caso que nos ocupa, desgraciadamente, los obreros fabriles, son tratados y concentrados como categoría única, sin distinguirlos por rama. Por otro lado, son poco claras las diferencias y los criterios que se tomaron en cuenta para separar a los trabajadores de industria de los de manufacturas y talleres; es posible que en varios casos la clasificación sea incorrecta.

Tomando en cuenta las dificultades mencionadas, intentaremos precisar algunos de sus rangos más importantes y ciertas fases por las que atravesó durante estos años.

Según los datos censales, el sector de los trabajadores fabriles registró un crecimiento cuantitativo entre 1895 y 1910; en cambio, en el sector clasificado como artesanal hubo una reducción cuantitativa importante. En cifras, considerando ambos grupos de trabajadores, hacia 1895 representaban el 16.4 por ciento de la población económicamente activa, 18.07 por ciento, en 1900 y 16.67 por ciento, en 1910. Es decir, en conjunto, para 1910, habían regresado a los niveles iniciales. Estos datos por sí solos son poco explicativos. En realidad, es difícil aceptar que el crecimiento, decrecimiento o estancamiento en el número de obreros fabriles o los considerados como artesanos pueda ser considerado a nivel censal, porque los censos constituyen instantáneas tomadas "arbitrariamente", lo que no coincide necesariamente con los ritmos de la ocupación, que son de índole diversa a la temporalidad prescrita por el levantamiento del censo.

Para tener una idea más cercana a la realidad, habrá que mencionar algunos problemas de tipo estructural que puedan servir de base para una explicación del fenómeno.

La periodización que mencionábamos en el apartado anterior, en relación con el estado y desarrollo de la industria de transformación, puede ser de utilidad y, sin duda, tiene una influencia directa en los niveles de crecimiento de este conglomerado.

En la primera etapa, que abarca los años setenta a finales de los ochenta, es de suma importancia situar algunos problemas relacionados con la fuerza de trabajo en general. La repercusión de las leyes de Reforma, de Colonización y Baldíos; la construcción de la red ferrocarrilera, y el desarrollo de la agricultura comercial contribuyeron decisivamente a trastocar a fondo la estructura social en el campo; éstos fueron los principales responsables de la alteración de la economía rural, ya que provocaron entre otros fenómenos, la expulsión de una parte de los habitantes del campo y contribuyeron en esta forma al crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada.

Esta migración tuvo un freno en la hacienda, la cual no sólo necesitaba asegurarse el control de la producción mediante el acaparamiento de la tierra, sino también la fuerza de trabajo. Sin embargo, a pesar de lo anterior, los volúmenes de ésta aumentaron. La economía exportadora abría posibilidades de empleo asalariado en la industria de transformación. Esto explica en parte el crecimiento de esta última, en esta primera etapa, a partir del uso creciente de fuerza de trabajo.

A esta disponibilidad de fuerza de trabajo fabril, se añadía la de aquellos sectores de la industria que desplazaban artesanos; quienes posiblemente fueron a trabajar en las fábricas.

Es en la *segunda etapa*, de los noventa hasta 1906-1907, que la disponibilidad de mano de obra potencial siguió siendo alta, sin dejar de tomar en cuenta las limitaciones para su desplazamiento y la competencia establecida en algunas regiones, por ejemplo, entre la agricultura y la minería. Sin embargo, en lo que se refiere a la industria de transformación, el crecimiento de los mercados regionales posibilitó el incremento de la inversión, lo cual desplazó a aquellos trabajadores en donde se mecanizó o modernizó la producción. Esto repercutió severamente en los niveles de empleo y de salario, y abrió claramente una brecha entre los trabajadores más calificados y los más desprovistos de cualquier habilidad técnica. En esta forma, el uso cada vez más intenso de la fuerza de trabajo ocupada significó un mayor número de horas de trabajo por jornada y un salario real que tendía a decrecer.

Por otro lado, en la medida que la industria crecía, el desplazamiento del artesano en algunos renglones de la producción agudizaba el desempleo y la competencia por las fuentes de empleo. A esto habría que agregar que la fuerza de trabajo liberada del campo y los trabajadores desocupados, una vez concluida la construcción de la mayor parte de los ferrocarriles (como mano de obra o por el proceso de usurpación de tierras), agudizaron las presiones sobre las ciudades, lugar a donde se dirigió gran parte de este ejército de desocupados. En estas ciudades, la presión y la tensión, así como la competencia por el empleo se intensificaron. La escasez de empleos y la abundancia de oferta de trabajo favoreció la explotación de la fuerza de trabajo, al incrementar las jornadas y reducir los salarios reales. La solución en algunos casos fue el regreso al campo o el intento de hacerlo, como una forma de escapar al desempleo.

En la *tercera etapa*, a partir de 1907, la recesión económica repercutió en

la fuerza de trabajo fabril. Los niveles de desocupación crecieron y alcanzaron, en algunos sectores, su punto máximo. Sin embargo, lo que quizás fue más grave es que si la disponibilidad de fuerza de trabajo durante el periodo porfirista estuvo básicamente determinada por el campo o por aquellos sectores de la producción como los artesanos desplazados, y que se canalizó tanto a la agricultura de exportación, a la minería y, por último, a la industria de transformación; ahora, al entrar los sectores más dinámicos de la economía en una fase depresiva, la situación se agravó para aquellos elementos de la clase fabril que perdieron el empleo o lo buscaban. Se puede presumir que en los años malos de la industria, existieron refugios en otros sectores no propiamente industriales, como sería el campo u otro tipo de actividades. Esto se cerró cada vez más, en la medida en que la generalización del problema abarcaba a una parte importante de la economía del país.

Junto con esto, no debe olvidarse que los conflictos obrero-patronales —no sólo los de estos años— muestran una problemática común, y eran los derivados de la jornada de trabajo y la reducción de los salarios. Los cuales se explican, en gran parte, por la abundancia y desempleo imperante en amplios sectores de la población, y en donde la posibilidad de sustitución volvía cautelosos a muchos.

Las etapas resumidas anteriormente están sujetas a discusión, merecen y necesitan un mayor análisis en trabajos concretos, sin embargo, intentan plantear y revisar un problema poco estudiado y resuelto hasta la fecha.

Es de suma importancia destacar algunos problemas que están inmersos en los tres periodos sobre las clases trabajadoras fabriles que hemos esbozado.

Por una parte, es cierto que en el primer periodo nos encontramos en un momento importante de la formación de una parte de la clase obrera, es decir, son las primeras generaciones obreras en un nivel cuantitativo importante. Sin embargo, desconocemos su origen en estudios de caso, es decir, ¿son artesanos rurales o urbanos, desplazados, o campesinos? Es, en todo caso, un problema con características regionales específicas, como diversas razones parecen señalarlo.

En lo que se refiere a los salarios y los niveles de empleo, poco sabemos para intentar una periodización consistente, sobre todo, porque un análisis riguroso muestra que la tendencia a la reducción en los salarios fabriles en el periodo es un asunto de importancia crucial; por otro lado, desconocemos cuántos obreros alcanzaban estos salarios, cuántos más no tenían ni siquiera éstos, es decir, trabajaban en forma aún más irregular, y para los cuales estudiarlos mediante los salarios medios sería dejarlos afuera.

El problema anterior se relaciona estrechamente con el grado de incorporación al trabajo ¿cuántos son y eran ya obreros definitivamente? ¿cuántos combinaban diversas actividades?, por ejemplo, la agricultura y el trabajo fabril, o el artesanado, etc.

La escala de salarios y las diferencias jerárquicas en el seno de la fábrica repercutieron profundamente en las reacciones y en la formación de la clase; sin duda, esto conformó diversos grupos al interior de la clase.

En lo que cabe a la industria de transformación, particularmente sensible a los cambios y al estado del mercado, no podemos seguir analizando el asunto en cuanto a las grandes tendencias, ya que es necesario pasar a un nivel más preciso y poder establecer en la medida de lo posible los ciclos mensuales, anuales, etcétera, a los que estuvo sujeta la industria y así poder relacionar sus repercusiones en la fuerza de trabajo.

Faltaría sin duda estudiar las resistencias y las adaptaciones al trabajo fabril y la forma en la que repercutió en la producción y la productividad.

La existencia de este sector de trabajadores fabriles estuvo regida por la inestabilidad y la inseguridad en el empleo, en el salario y en el exceso de horas de trabajo; pero la existencia como obreros fue determinante, aunque sin duda su situación y muchas reacciones obedecieron al peso de la tradición de antiguas estructuras en donde habían vivido y trabajado.

En una visión de conjunto, las tendencias de la constitución de la clase obrera podrían ubicarse del siguiente modo:

1o. Desde fines del siglo XVIII y durante el curso del siguiente, las relaciones de trabajo empezaron a descarnar la apariencia estamental y étnica que tenían, para develar el carácter clasista de las relaciones sociales de producción. Esto no obsta, sin embargo, para que a fines del siglo XIX se pudiera identificar racialmente tanto a los trabajadores como a sus patrones. Lo importante era que esto ya no determinaba, ni con matices, el lugar en la producción.

2o. Igualmente, en el curso del mismo periodo, el trabajo asalariado libre se fue imponiendo como la forma dominante en la industria. A principios del siglo XIX el trabajo forzado desapareció prácticamente, aunque subsistió —en proceso de disolución— el trabajo artesanal dependiente (*putting out system*). Las formas salariales encubiertas, semejantes al trabajo de "partido" en la minería, también se diluyeron.

3o. De mediados del siglo XIX en adelante, el trabajo industrial asalariado se convirtió en una relación social específica: trabajo asalariado-capital. No sólo en lo que se refiere a la subsunción real capitalista, sino en términos de cómo se conforma un *precio social* de la fuerza de trabajo libre. La desigual conformación de un mercado de trabajo y la relativa ausencia de un mercado integrado explican que no haya un referente social en la fijación del precio de la mano de obra, o que exista sólo de manera regional.

Por otra parte, la subsistencia de una economía campesina le daba gran elasticidad a la producción del trabajo necesario para la reproducción del trabajo. Es decir, el hecho de que la producción de bienes de consumo agrícolas correspondieran a la producción parcelaria, a diferencia del algodón, por ejemplo, permite suponer en este periodo una relativa transferencia de valor del campo a la industria por la vía del fondo de salarios. Esta situación cambió a fines del siglo cuando los precios de los bienes agrícolas crecieron más rápidamente que los bienes industriales; a este proceso correspondió, junto con una acelerada inflación, una insurgencia obrera.

4o. Las últimas tres décadas del siglo XIX, en el desarrollo industrial, se dan en el contexto de una agricultura de latifundio y con una rápida integración del mercado a través del ferrocarril, y corresponden a una remodelación del mercado mundial; las economías capitalistas centrales se reorientan hacia la producción de bienes de capital y se abre la etapa monopólica y de exportación de capitales.

5o. La expansión industrial de fines del siglo XIX, que tiene su eje manufacturero en la industria textil, recarga la exacción del plusvalor en la reducción absoluta de los salarios y en la prolongación de la jornada de trabajo. La violencia de las luchas obreras fue meramente defensiva, ya que más de la mitad de las huelgas del porfiriato se dieron en la rama textil, y sobre todo, por la protección del salario y contra aumentos en la jornada de trabajo.

6o. Ahora, las concentraciones fabriles han producido, como en todo el mundo, una nueva fuerza social, y por otra parte, la violación de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo dieron nacimiento a una clara expresión clasista del proletariado industrial: aparecieron las ideologías doctrinarias y sus expresiones como la prensa obrera, empezaron a quedar atrás las *hermandades* y el *mutualismo*. El temprano nacimiento de la clase obrera se bautizó pronto, con la sangre de Cananea, Río Blanco y en los ejércitos de la Revolución.